

JULIETTE A. MILLET

**LOS
INFIERNOS**

BINOMIO

PARTE I

ELISA, 7 AÑOS. 13 DE SEPTIEMBRE DE 1986.

Todavía es de noche cuando Pili se agacha sobre la colchoneta y nos soba los cachetes para despertarnos. Mientras nos estiramos, dice que quiere que subamos con ella. Dado que anoche mi mamá nos dejó en pijama y sin nada más para taparnos, a Mario le pone una sudadera y a mí un chal de lana marrón sobre los hombros. Estamos medio dormidos, pero lo mismo la seguimos con ojos de chinitos agarrados de la escalera de caracol hasta alcanzar la azotea. Como arriba de la vecindad no hay barda, mi hermano y yo nunca subimos solos, mamá nos lo tiene prohibido porque hace un tiempo ahí se mató un niño. Un niño que nosotros no conocimos, pero que sí existió. Pili y mamá, además de vecinas, son amigas y cuentan las mismas historias de niños robados y bebés a los que se comen las ratas. Según ellas, Los Infiernos es un lugar bien peligroso, por eso no pueden quitarnos el ojo de encima.

—Terminando, nos bajamos a hacernos un atole de arroz, pero si no lavo ahorita, ya no se alcanza a secar —nos dice Pili, que lleva en la espalda el costal de la ropa sucia.

Arriba nos encontramos con más vecinas a las que les sale vapor de la boca como si fueran dragoncitos. Unas abren las jaualas para sacar sus cubetas, el jabón Roma y los cepillos. Otras tallan en las piletas, y las más madrugadoras ya pellizcan la ropa con sus pinzas de madera. La Pili voltea una maceta vieja para que me siente y me enreda en el chal.

—Pero ya me dejaste atrapados los brazos y se me metió el pelo en los ojos.

—¡No me rezongues! —dice, y con la mano me acomoda el fleco que siempre se me va a los ojos.

Mientras tanto, Mario, que no se sabe estar quieto, se echa a correr y desaparece entre la maraña de cuerdas y unas blusas con las hombreras de fuera.

—¿Y a él por qué no lo amarras como a mí?

—¡Porque él es niño!

Escondo la nariz en la lana que huele a Pili y me resigno a quedarme como momia entre las señoras.

—¿Qué pasó, muchachas? Qué pinche frío, ¿no? —dice Pili mientras se cruza el suéter.

—¡De la chingada! —le contesta doña Socorro frotándose los brazos—. ¿Y ahora? ¿Qué andas haciendo tú con los niños de la Marcela?

—Ayer en la noche me los traje... que porque a Mario le dolía la barriga, y si los dejaba solos, del pendiente no iba a poder trabajar. Me dijo que nada más iba unas horas a pararse en San Antonio Abad.

—Méndiga, seguro se fue de parranda y a ti te deja toda la responsabilidad —y acercándose a mí para volver a quitarme el pelo de los ojos—: ¿Ya cuántos años tienes, Elisa?

—Siete —le contesto.

—¿Y aquél? —dice señalando a Mario con la cabeza.

—Nueve.

—Todavía están tiernitos —dice Pili—. La cosa es que ni me deja dinero y me los avienta así nada más. Ni modo que los lleve a la escuela en pijama.

—¿Y qué tiene? ¡Por un día que faltemos no pasa nada! —interrumpo medio enojada.

—¿Ya oyó, comadre? Ésta desde que nació es insumisa y contestona —se queja la señora Estela.

Bajo los ojos porque sé que no está bien alegar con los grandes, pero cuando se meten con mi mamá, siento como si un gancho entrara en mi carne.

Sin alzar la vista, veo que vienen hacia mí los pies de doña Socorro. Luego, siento cómo me acaricia el cachete con su mano maltratada.

—A ver, Elisa, aquí en la vecindad todas queremos retemucho a tu mamá, y lo que dije es de broma —y desenrollándome el chal—: Sácate de aquí y vete a jugar con tu hermano, que si no, te pongo a lavar.

Me voy corriendo, y como sé que no me ven, hago lo que no debo: me siento en el borde de la fachada de Los Infiernos con las patas colgando. Me acuerdo del niño ese y me dan ñañas, pero se siente tan bonito estar tres pisos por arriba de todo... Para que se me quite el miedo me lo imagino aventándose, y justo antes de tocar el suelo, salir disparado como Superman hacia el cielo.

Brrr... Mi camisón de los Ositos Cariñositos está muy delgado, y aunque traigo las nalgas heladas por donde me senté, ya

empezó a pegar el sol y tan siquiera se me calienta la espalda. Mario ni siente el frío, ahorita está trepado sobre el tinaco de asbesto, le pega con la mano y le grita «¡arre!» como si fuera un caballo. Yo, como no sé qué más hacer, me entretengo mirando a la gente. Veo a todos los niños de mi cuadra que ya van saliendo para la escuela. A la Laura y a la otra niña de tercero B se les está haciendo bien tarde. Nomás con imaginarme la regañiza que les va a poner el prefecto, me río, y con las manos alrededor de mi boca les grito: «¡Córranle, huevonas!». Mientras caminan voltean para todos lados, pero no me encuentran, porque para eso tendrían que mirar a lo alto. Ni se imaginan dónde ando.

Son más de las siete de la mañana, lo sé porque ya no pasan niños, y de la fábrica en la que trabajan casi todos los señores ya empezó a salir el chiflido de siempre.

Ahora se acaba de estacionar una troca morada, y con su bocina, el viejo de atrás grita:

Hay mango de Manila, hay mango petacón.

Lleve el plátano, lleve la naranja, lleve la papaya maradol...

Salen señoras con sus bolsas del mandado, pero no muchas. Le abren el monedero al viejo, quieren saber para qué alcanza.

MIRTHA, 54 AÑOS. 22 DE SEPTIEMBRE DE 1986.

—Mañana le doy una respuesta —asegura Mirtha con voz ligeramente tensa mientras siente cómo Bernardo esconde la cabeza en su melena rizada, y el suave roce de las plumas la conforta.

Domingo por la tarde, y aun así la trabajadora social le llama a casa interrumpiendo la lectura de su novela de Jane Austin.

—Sí, señorita. Entendí: ¡urge!

Es cierto que había quedado de comunicarse con ella a más tardar el viernes, pero...

A principios de la semana, cuando los únicos planes que tenía eran llevar a su mamita al salón y tomarse un café con sus amigas del Rosario, Mirtha recibió una llamada del DIF. Una llamada con una petición imprevisible que lleva días quitándole el sueño.

Primero dijo que no. Un «no» rotundo que se escapó de sus labios. ¿Para qué complicarse la vida cuando se tiene todo tan resuelto? Pero insistieron en que se tomara unos días para pensarlo, y ahora ya no lo tiene tan claro.

De hecho, le empieza a gustar la idea. Algo le dice que dos niños podrían cambiar un sinnúmero de cosas. ¿Y si fuera obra de Dios? Él, que todo se lo ha dado, ha acudido a ella con una misión digna de su estatura: tomar bajo su ala a dos huérfanos y hacer de ellos jóvenes educados. ¿Cómo podría defraudarlo? El mismo padre Clemente siempre dice en las reuniones que el nombre «Mirtha» debería ser sinónimo de caridad, y que las nuevas generaciones no saben lo que es el sacrificio. Y la verdad es que tiene razón: a las mujeres de hoy sólo les interesa andar tras los hombres y pasarla bien. En cambio, desde la muerte de su padre, ella se ha dedicado en cuerpo y alma a su mamita, y el único hombre que ha querido es su amigo, un amor puro y casto que poquísimas personas han sentido. Mirtha se muerde el pulgar: ¿sabrá ser madre?

Para calmar los nervios, saca del cajón de su escritorio un paquete de pasitas con chocolate, rasga la bolsa de papel brillante que cruje bajo sus dedos y respira la suave fragancia del chocolate. Con una sonrisa empieza a saborearlas recordando todos los placeres y delicias de la infancia. Se imagina cómo podrían ser sus domingos en la tarde con los «niños de sus ojos»: risas, palillos chinos, historias de princesas y príncipes, sándwiches de crema de cacahuete y mermelada, canciones de Cri-Cri...

Al poco tiempo, y ya sin nada dulce qué comer, la exaltación baja, y con amargura le vuelven las palabras de su madre: «¿Qué no entiendes que esos niños no son gente como tú ni como yo? A mí me van a echar a perder mis últimos años, y a ti nunca sabrán agradecerte».

—¿Qué hago? —le pregunta a Bernardo, que esta vez se queda mudo.

Mañana el teléfono volverá a sonar pidiendo una respuesta. Una respuesta que todavía no tiene.

Movida por un impulso, sale del despacho, mete al perico de frente naranja en una de las muchas jaulas y cruza su casa de revista. Los muebles de caoba están relucientes, ni las lámparas de cristal, ni la alfombra ni las vitrinas conocen el polvo, y sin embargo, hoy la casa le parece vieja y un poco vacía. Siente frío, así que mete dentro de su bolsa una chalina que cuelga del perchero y grita desde abajo de las escaleras.

—Mamita, alístate que vamos a salir. Te espero en el coche.

Afortunadamente para Mirtha no hay tráfico, porque en todo el camino doña Margarita no ha parado de refunfuñar: «Nada más dime, ¿qué tenemos que ir a hacer a casa de Humberto? ¿Por qué todo se lo tienes que consultar?».

Frente a la puerta, Mirtha saca su manojó de llaves y usa la que le han dejado para casos de emergencias. Abre. Las dos mujeres atraviesan la sala cuidando de no pisar los juguetes esparcidos por el suelo. El ambiente está impregnado del aroma a crepas recién preparadas, y allá, en la cocina, el tintineo de cubiertos y platos se mezcla con conversaciones y risas.

Los cuatro están merendando en la mesa redonda y no las oyeron llegar.

—¡Mirtha! —grita Geneviève entre sorprendida y asustada al verlas entrar—. ¿Todo bien? Qué pena que no te hemos abierto. ¡Humberto no me dijo que vendrían!

—No sabía —se apresura Mirtha a disculpar a su amigo, sin mencionar que ni siquiera trató de tocar el timbre.

Humberto y los niños no dicen nada. Él sostiene una taza en la mano mientras ellos mastican.

—Ay, güera, es que Mirthita está en un dilema... Se trata de un asunto muy delicado. Yo ya le he dado mi opinión, pero ya ves cómo es mi hija de terca, ha querido venir para que Humberto la aconseje.

Al voltear hacia su esposo, Geneviève fuerza una sonrisa que abate a Mirtha, haciéndola sentir como la más tonta de las niñas.

—¿Puedo hablar a solas con Humberto? —dice inclinando la cabeza hacia Geneviève con ojos suplicantes.

—No me tardo —dice él a su esposa mientras se pone de pie, y volteando hacia Mirtha—: Vamos al estudio.

—Vayan, vayan... —insiste doña Margarita, y mientras ellos se alejan, ella se sienta en el lugar de Humberto y se frota los brazos—. ¿Sabes, güera? Esta casa es muy húmeda, yo que tú, pondría cortinas en las puertas.

A solas con él, Mirtha se relaja y ya no siente esa premura que la trajo aquí.

—¿Qué pasa, gorda? —la apura él.

«Gorda», esa palabra asesina que sólo en boca de él sabe a complicidad, a cariño. Lo ve sentado frente a ella, tomando una bocanada del Delicado sin filtro que acaba de encender. El humo se enrosca en el aire, creando un halo grisáceo a su alrededor. Le gustaría preguntarle a su amigo cómo está, tomarse su tiempo, como cuando eran jóvenes y platicaban sabroso. Como cuando era soltero y llegaba a comer a su casa casi a diario. Pero la mirada impaciente de él la trae de vuelta a la realidad y la obliga a ir al

grano: todo empezó con la llamada de una trabajadora social. Mirtha no sabe cómo dio con ellas, pero le ha hablado de dos niños: son hijos de un primo que ni conoce. A decir verdad, se trata de una historia un tanto vergonzosa, por lo que preferiría que Geneviève no se fuera a enterar. El padre está en la cárcel por drogas, y la madre es una perdida a la que, para colmo, acaban de asesinar.

Abochornada, prosigue con su relato:

—Mi mamá opina que esa parte de la familia es pura chusma y que no nos debemos involucrar.

Mirtha se detiene esperando una reacción, pero él ha permanecido impassible. Entonces, explica que Elisa tiene siete años, Mario nueve, y que no tienen a nadie más en el mundo, si los envían a un hogar de acogida los separarán. La trabajadora social ha insistido en que, al tener lazos de sangre, Mirtha podría obtener la custodia sin la obligación de adoptarlos.

—¿Qué opinas? ¿Crees que soy capaz de ofrecerles el amor y la educación que necesitan?

Silencio.

—Creo que puedo cambiarles la vida... —plantea Mirtha, buscando desesperadamente la aprobación de Humberto. Sus manos se entrelazan nerviosamente, y una ligera humedad cubre sus palmas.

Humberto toma una bocanada profunda de su cigarrillo, desvía la mirada hacia el techo y, alzando sus cejas fornidas antes de clavar los ojos en ella, responde tajante: «No».

ELISA, 7 AÑOS. 29 DE SEPTIEMBRE DE 1986.

Suena la campana, salgo disparada y ya me está esperando Mario detrás de la reja, al lado del puesto de dulces. Nadie puede superar a mi hermano, siempre es el primero en salir. Para alcanzarlo, saco la panza y me subo la falda muy arriba del ombligo para que no se me baje en medio de la calle.

—Ay manito, todos me hacen burla porque me queda rete-grande este uniforme que me prestaron. Además, no tengo útiles, y Laura ya se cansó de arrancarle hojas a su Scribe para que yo pueda tomar apuntes.

—Aguántate. Ya mero mamá va a regresar. Nos vamos a poder poner nuestros uniformes y te va a comprar un cuaderno. Así le repones sus hojas a la coda de Laura.

—Pero, ¿por qué se tarda tanto en volver?

—Porque está con negocios —y se queda callado un buen rato—. Hablando de negocios, hoy mi maestra nos platicó una cosa que bien poquitas gentes saben.

—¿Qué?

—Que la basura es el futuro.

—¿Cómo?

—Pues dijo que lo que todo mundo tira, luego va a valer un chorro, y sobre todo las cosas de hojalata, como las corcholatas, porque se reciclan.

—¿Las corcholatas de los chescos? Y eso cómo va a ser si todos las botan.

—¿No te dije que casi nadie lo sabe? A lo mucho el presidente y las maestras. Por eso, estaba pensando que podríamos empezar a juntarlas. Así, cuando llegue el futuro, vamos a tener tantísimas que nos va a alcanzar para comprarle una casa a mamá.

—¿Juntar qué?

—¡Pues las corcholatas, babosa!

Me quedé pensando un momento, me imaginé la casa y luego le dije: «¡Va!».

Ya colgados nuestros uniformes prestados en el cuarto de Pili, vamos a la tortillería para que nos regalen un costal. Luego, empezamos a buscar corcholatas por el patio, detrás de las macetas y de los tanques de gas. Y así, caminando con los ojos, esculcamos la calle hasta llegar a la esquina.

Ya llevamos un buen bonche. Tenemos de Jarritos, Chaparritas, Barrilito, Sidral y Coca-Cola. Entonces a Mario se le ocurre que vayamos a La Derrota.

Afuera nos encontramos a don Fulgencio cambiándole las veladoras a su altar de la Virgen del Socorro, y como es el mero mero de la cantina, le pedimos permiso para entrar. Primero no quiere, pero al final dice que sí, que nada más no molestemos a los borrachos, que luego se ponen bien pesados.

Antes de pasar, mi carnal me lee un letrero que me da curiosidad:

«Prohibida la entrada a personas que sólo necesiten el sanitario, a pordioseros, vendedores, músicos y mujeres».

Suerte que no somos nada de eso, pensé.

Con el hombro, Mario empuja las puertas dobles y nos metemos en el humo. Por ser la primera vez, nos tiemblan las piernas, pero estamos decididos a salir de allí con un tesoro. Alcanzo a ver un espejo encima del mostrador. No hay ventanas y el techo está alto. Huele a agrio, y un montón de borrachines se carcajean arrastrando las sillas. Mario abre el costal y yo les digo a todos: «con permiso, con permiso», y lo más rápido que puedo levanto las corcholatas del suelo y de las mesas.

De tanto caminar entre los grupos, el costal está a medias. Hemos dejado para el último la mesa del señor solo, pues está muy lejos de la puerta. Cuando nos encaminamos hacia él, ya traemos detrás a don Fulgencio.

—¿Qué les dije? Sálganse, que ya se están tardando.

—¿Y éstos qué? —pregunta el borracho solitario.

—Son los chamacos de la Marcela.

—¿De la Marcela? ¡Uy! Tan chula y simpática —se lleva los dedos a la boca y da un beso como si hablara de una comida sabrosa—. Yo soy Gumaro, un amigo de su amá —se presenta y nos da la mano.

Su mesa tiene más cascós que las demás, y con sus ojos tristes nos mira como si buscara algo dentro de nosotros.

—¿Y de quién más son hijos? —voltea preguntando a don Fulgencio.

—Del Tigre, pero ahorita está en el tambo.

—Nada más de pensar en ese fulano se me enchina el cuero.

Gumaro se voltea hacia el mesero y le grita:

—A ver si les traes a los niños unos refrescos, y a mí una bien muerta, que ya ando seco.

El hombre jala dos sillas y, cerrándonos un ojo:

—Siéntense, que yo disparo.

Pido una Mirinda, Mario un Mundet rojo.

Estoy tan acalorada, y mi botella de vidrio está tan fría, que me la pego al cachete, pero sólo un rato, porque ya me anda por llenarme la boca con su sabor azucarado.

Don Fulgencio regresa con un par de popotes y los clava en cada botella.

—Se me van nada más se los terminen, que este no es sitio para chamacos.

Para entonces, Gumaro ya se acabó su cerveza. La bebió tan rápido que parecía enchilado.

—¿Tú eres cliente de mamá? —pregunto.

—Tiene mucho que no. Últimamente no ando de ánimos.

—Pues deberías hablarle, y así, con lo que le des, nos compra útiles.

—¿Tú crees? ¿Qué te cuenta tu mamá de sus clientes?

—Pues que hay señores que les gusta mucho ir a bailar o al restorán, pero tienen unas esposas que no se saben pintar y son bien gruñonas... entonces prefieren ir con mamá, que siempre está guapa, y además, es a toda madre.

—¡Así es! Las cabronas no son mujeres como tu jefa —dice, y le vienen juntas la risa y las lágrimas.

Le damos las gracias por el refresco, y cuando estamos por irnos, le tiende una moneda de quinientos a Mario.

—Mijo, antes de salirte, te pasas por la rocola y me pones la D-14.

Desde la puerta, veo a mi hermano meter la moneda y apachurrar los botones del aparato, que de repente se sacude y llena el techo de colores. Se oye la voz de una señora:

Tres veces te engañé, tres veces te engañé, tres veces te engañé.

La primera por coraje, la segunda por capricho, la tercera por placer.

MIRTHA, 54 AÑOS. 2 DE OCTUBRE DE 1986.

—Encantada, soy Mirtha Farías —se presenta con una sonrisa forzada y extiende la mano. Su mirada fugazmente se desvía hacia la calle y al taxi de sitio donde su mamita la espera, pues al ver la vecindad, se negó a bajarse. Aunque Mirtha trata de mantener la calma, este lugar le resulta horroroso, pero no había modo de ahorrarse la venida.

—Mucho gusto, señorita, espero que no se le haya complicado llegar —contesta la trabajadora social abrazando sus expedientes. Es una chaparrita con falda blanca y un gafete del DIF pegado en el pecho.

—Más o menos. Es la primera vez que vengo por estos rumbos —explica, mientras sigue con la vista una fisura por encima del portón hasta llegar a una inscripción de letras torpemente pintadas: Los Infiernos. Un escalofrío le recorre la espalda.

—¿Y aquí siempre han vivido los pequeños?

—Al parecer, sí. Antes la vecindad no estaba tan mal, pero con el temblor se dañaron los cimientos y algunas partes se empezaron a cuartear. Ya verá... —explica, y tras una pausa que sólo

consigue poner aún más nerviosa a Mirtha, propone—: Si le parece bien, entremos de una vez. Para proceder a la entrega de los niños me va a tener que regalar varias firmas.

Siguiendo a la mujer, Mirtha se adentra en la garganta del inmueble, un pasillo muy estrecho y cada vez más oscuro a medida que avanzan. Al llegar al quinto patio, cruzan el cubo de luz, y frente a una escalera de caracol, la mujer abre un fólter y busca con el índice...

—Primer piso, vivienda 52.

Mirtha mira con desconfianza el tensor de metal roído que afianza la escalera a la pared, y se obliga a subir detrás de ella. Conforme trepan, el pasamanos se hace más blando, los escalones rechinan, la estructura amenaza con desprenderse, al igual que sus certezas, que se desvanecen. Con su anillo de tianguis, la trabajadora toca tres veces un cristal mugroso y, como si alguien las estuviera esperando, la puerta se abre instantáneamente. Se trata de una mujer que parece exhausta, tiene un delantal sucio y el cabello recogido en una cola deshecha. La ansiedad se le nota en la mirada.

—Buenas tardes, doña Pili, le presento a la señorita Farías, la nueva tutora de los niños.

—Sí, licenciada. No deben de tardar, a esta hora salen de la escuela, que está aquí a la vuelta.

—¿Le molesta si mientras tanto ocupamos su casa para firmar unos documentos?

—Pásenle, yo voy a andar aquí afuera fumándome un cigarrito en lo que llegan los chamacos. La verdad, estoy retenerviosa, y cada vez que los veo me acuerdo de la Marcela y

cómo fue a acabar. Yo sé que es por el bien de los niños, pero a mí me los encargó, y me da cosa... Dios quiera todo salga bien y no «haiga» problema.

Esa pelada ni siquiera la saludó, piensa Mirtha, sin embargo, intenta ser amable.

—Quédese tranquila, que yo soy de la familia y les voy a cambiar la vida —interviene Mirtha dejando boquiabierta a la mujer.

—¿A poco es usted familiar de la Marcela? —barriéndola de pies a cabeza.

—No, del esposo —contesta Mirtha, cubriendo con la mano su collar de perlas.

—¿Qué esposo?

—Bueno, soy una tía lejana del lado del padre.

La licenciada mira a Pili de una manera que le impide seguir sacando un cigarro a medio fumar de su delantal. Se aleja.

Se han instalado alrededor de la mesa del cuartito. El mantel de plástico que la recubre está sucio y obliga a Mirtha a levantar con asco los antebrazos.

—Mire, señorita Farías —dice extendiéndole el expediente—. Ahí dice «sentencia provisional», porque debe tener muy en cuenta que, mientras no tengamos la firma del padre, no podemos cerrar el expediente ni declararla tutora oficial. Si tiene alguna duda, me pregunta.

—Ninguna —contesta Mirtha—. Ya me explicó mi abogado ese asunto.

—Perfecto. Entonces, la dejo leer el documento.

Mirtha lo toma pensando en su mamá, allá afuera. ¿Y si la asaltan? Este no es un lugar para gente como ellas. Se apresura a leer:

REC. No. 01/1986; DIF, PROCURADOR DE LA

DEFENSA DEL MENOR; EXPEDIENTE:

CDHEC/443/13 RECOMENDACIÓN No. 01/1986.

DERECHOS VULNERADOS: Derecho a la familia, a una vida que asegure desarrollo integral, seguridad e integridad personal (física y psíquica), dignidad humana, debido proceso, y tutela efectiva del interés superior de los niños [...]

Mirtha sostiene la hoja, pero ha cerrado los ojos y en silencio pide: «Señor, protégeme y guíame en esta misión. Sólo te pido que no me los mandes amañados y, de ser posible, que no estén muy prietos».